

## MAQUIAVELO Y LA EFICACIA POLITICA

RODRIGO ROMERO R.

Profesor

Departamento de Filosofía

Universidad del Valle

"En el concepto de poder ya sea éste un Dios o un hombre, hay siempre la capacidad de utilizar y la capacidad de perjudicar. Y esto todas las razas bien constituídas.

Es un fatal progreso el separar dualísticamente la fuerza para lo uno y para lo otro . . . Con esto la moral se constituye en envenenadora de la vida (F. Nietzsche *La Voluntad de Dominio*. Obras Completas, Tomo IV. Aguilar S.A., p. 143).

Esta reflexión es realmente difícil. Da la impresión de estar dando vueltas a lo mismo, de repetir y caminar por senderos trillados, sin poder agarrar lo que se pretende; y cuando se gira ya durante mucho tiempo alrededor del tema, se va produciendo un vaivén opresivo. Llega el momento de expresar lo que así comienza asediar, aunque sea con desorden y sin pulimento. Así sucede cuando se quiere expresar lo que se ha pensado sobre el corazón mismo del poder y se intenta desentrenar mínimamente su significación y su función en la construcción del ser humano.

De repente se nos aparece bajo su signo más directo como algo detestable y por lo tanto desterrable de la humana condición, como ese algo demoníaco que "habría que amansar"<sup>1</sup>, es decir como violencia en todos los grados.

---

<sup>1</sup> Ritter, Gerhard, *El problema ético del poder*. Revista de Occidente, Madrid, 1972. p. 17.

Esta imagen es tan abrumadora que, al repasar la historia, parecería que no fuera ésta sino la trayectoria móvil del cúmulo arrollador de todos los matices de violencia, a tal grado que hasta los hechos más inocentes aparecen signados por su irrupción reiterada. Pero, de improviso, también se nos presenta el poder como algo necesario y magnífico, como algo productivo y creativo, como el signo de la misma verdad del hombre, el cual, al hacerse en su historia individual y social, requiere de la potencia para perseverar en su ser propio, según la conocida noción spinozista del conatus.

Quizás para una reflexión en torno a esta ambivalencia del poder no hay nadie mejor que Maquiavelo. Describe él al príncipe que tiene que ser cruel por las exigencias de los mecanismos del poder político, sometido a los requerimientos de una realidad que le exige no tener principios morales fijos, pero también describe al fundador de una pujante república donde la virtud o potencia diseminada entre los ciudadanos, sirve de principio a la necesaria convivencia de los hombres en camino de desarrollarse hacia su plenitud.

No se trata de leer en Maquiavelo a aquel técnico que no tiene nada que ver con los planteamientos morales<sup>1</sup>, ni a alguien que separa una moralidad política de una moralidad privada<sup>2</sup>, sino más bien como un pensador que pone en primer plano lo político como el mundo en que se busca la eficacia; y al hacerlo establece el asunto de la ineficacia de una moralidad moralista, es decir, una moralidad que no produce en la realidad humana lo que al nivel de los principios y de las intenciones pretende producir, haciendo que los hombres crean leer en su propio comportamiento no lo que sucede de verdad sino lo que aparentemente se sugiere que está sucediendo. Maquiavelo muestra además, no solo lo que es la búsqueda de resultados en el terreno político, sino también la ambivalencia, el dramatismo y a veces la paradoja que significa la búsqueda de resultados morales, independientemente de que existan ideales formulados en el nivel de la pura representación.

<sup>1</sup> Por ejemplo la interpretación de Ernest Cassirer en *El mito del Estado* F.C.E., México, 1974. Cap. X. Y la de Leszek Kolakowski en *El hombre sin alternativa*, Alianza Editorial, Madrid, 1970. (Cap. IX. Sobre la verdad de la máxima "el fin justifica los medios").

<sup>2</sup> Ver. Bernard Crick: *Introduction* a la edición inglesa de los Discursos (Discourses) Oxford paperback, Penguin Books, 1970. pag. 61. También, Sheldon Wolin, *Politics and Vision* Little Brown and Company, Boston, 1960. Cap. 7o.

Este trabajo busca plantearse desde el hilo conductor de la eficacia no solo el signo del poder político sino la relación que con el poder tiene la moralidad en cuanto a ésta se le plantea la exigencia de eficacia.

## I

Aproximarse a Maquiavelo, por el lado que se quiera, es penetrar en un mundo y una época en los que el complejo ámbito de lo político aparece con toda su crudeza y dramatismo. En los estertores del siglo XV y primeras décadas del XVI, escenario de las observaciones de Maquiavelo, Italia se ha visto a merced de la rapiña de franceses y españoles, alemanes y suizos, dominada por jefezuelos mercenarios, desgarrada y vuelta flecos, dividida en pequeños estados que pasan de mano en mano, y sirviendo de botín a señores y príncipes cuya virtud ha producido resultados dudosos o nulos: "Italia se ha visto sometida al paseo de Carlos, al saqueo de Luis, a las violencias de Fernando y a las burlas de los suizos"<sup>1</sup>.

Es un momento en el que los intereses de una nobleza feudal quiere acomodarse a las situaciones creadas por una época lista a parir un nuevo estado de cosas y en la que nuevas clases que empiezan a surgir, exigen una nueva distribución de los elementos que componen las estructuras socio-económicas: es el inicio del resquebrajamiento del orden feudal y la introducción del nuevo orden burgués. Sólo existen en la escena las conquistas y los fracasos en lo que podría llamarse prefiguraciones apenas vislumbradas de estados autónomos. Pudiera decirse que es una época en la cual, en teoría, aún funcionan los rasgos de la magnífica construcción dantesca de un Imperio y una Iglesia para el gobierno del mundo conocido, pero en la práctica sólo existe una multitud de estados pequeños, entre los cuales están los papales. El resultado que a la vista se muestra es lo que Maquiavelo, en parte, denomina la corrupción de Italia: nadie ve los intereses superiores de una unidad nacional, sino de los particulares del poder, la sujeción al extranjero, el ansia desmedida de la riqueza privada y el debilitamiento de la antigua virtud de la república romana.

<sup>1</sup> *El Príncipe*, Cap. XIII, pág. 77. La edición que citamos es la de Alianza Editorial, Madrid, 1981

Aunque queden, como puro funcionamiento ideológico, las postulaciones de la unidad imperial cristiana, la crisis persiste en el nivel de los hechos históricos y Maquiavelo hace ver con toda su fuerza que aquello que Dante pensaba como solución a la misma situación que él percibía, no era sino el sueño infructuoso que anhela el renacer de lo que ya no funcionaba, de lo que era un fracaso histórico. Como indica Renaudet:

"En Italia acababa de desaparecer la Edad Media, sin que hubiera nacido ningún orden nuevo capaz de ofrecer un refugio duradero a la sociedad nacida de su descomposición"<sup>1</sup>

Y es a la Iglesia cristiana misma a la que corresponde para Maquiavelo, en gran medida, una responsabilidad en el gran descalabro italiano, por su corrupción y ausencia de perspectiva histórica. Es la Iglesia la que, antaño aliada con el imperio, ahora promueve la división, mostrando su cara de poder temporal que es el que ha venido buscando en realidad: "Debéis, pues, tener en cuenta cómo, tan pronto como en los últimos tiempos la autoridad imperial comenzó a ser rechazada en Italia y el papa adquiría mayor reputación en el orden temporal, Italia se dividió en muchos Estados, porque muchas de las grandes ciudades tomaron las armas en contra de sus nobles -quienes anteriormente las habían tenido dominadas con el apoyo del emperador-, contando para ello con el favor de la Iglesia, la cual perseguía con dicha actitud aumentar su prestigio en lo temporal"<sup>2</sup> La estrategia de la Iglesia ha cambiado. Aunque debido a la todavía poderosa visión espiritual y religiosa que llenó todo el Medioevo, ella tenía cómo influir y mantener gran parte de la Europa pre-renacentista bajo tal concepción, sin embargo, ya no es esa concepción la que la va a distinguir, pues a ella se asociaba mejor una realidad imperial que ya había comenzado a dar sus primeros pasos de agonía. "El poder de la Iglesia era significativo no como una extensión de su misión espiritual sino por su papel en la política interna de la península italiana".<sup>3</sup> Pero ese poder era también un fracaso dentro de la perspec-

<sup>1</sup> Renaudet, Augustin, *Maquiavelo*, Edit. Técnos, S.A. Madrid, 1965, p. 90.

<sup>2</sup> *El Príncipe*, Cap. XII, p. 75. Se puede decir que este proceso se desarrolló desde fines del siglo XIII.

<sup>3</sup> Wolin, Sheldon, *Politics and Vision*. Little, Brown and Company, 1960. p. 198.

tiva de las nuevas tendencias históricas y así lo señala Maquiavelo en un famoso pasaje:

"La causa de que Italia no se encuentre en el mismo caso de que no tenga una sola república o un solo príncipe que la gobierne, consiste en la Iglesia; porque, habiendo adquirido y poseyendo dominio temporal, no ha llegado a ser lo poderosa y fuerte que era preciso para ocupar toda Italia y gobernarla, ni tan débil que no le importe perder su dominio temporal, obligándole el deseo de conservarlo a pedir auxilio a un poderoso contra el que en Italia llegare a serlo demasiado"<sup>1</sup>

La Iglesia ya no es, pues, el punto de partida desde el cual se juzgan y observan las cosas, sino que es un factor político, igual que otros, que, como tal, ha sido ineficaz en producir la unidad del Estado. Por otro lado, la Iglesia tampoco ha sido efectiva en realizar lo que se suponía debía realizar: la doctrina cristiana como fue proyectada en sus orígenes<sup>2</sup>. El discurso religioso de la cristiandad había terminado por ser un discurso que encubría lo que real y efectivamente estaba ocurriendo, que era lo contrario, si se quiere, a lo que él mismo enunciaba: "el mejor indicio de su decadencia (dice Maquiavelo refiriéndose a los estados cristianos) es ver que los pueblos más próximos a la Iglesia romana, cabeza de nuestra religión, son los menos religiosos"<sup>3</sup>.

Siendo esta la situación, Maquiavelo se da cuenta de que se debe plantear el problema de formular una salida a ella, en términos nuevos, en el terreno de la acción política, en donde se juega en su momento el mundo de la eficacia. Contraponer a la realidad política la formulación del esquema recurrente que señala cómo debe ser el orden político de acuerdo con una concepción única y jerarquizada en donde fin y bien son uno solo, ya es un mecanismo que ha mostrado su fracaso desde los tiempos de Dante. Plan-

<sup>1</sup> Discursos I, 12, p. 98. La edición que se cita es "Discursos sobre la primera Década de Tito Livio" en *Obras Políticas*, Librería El Ateneo, Edit. Buenos Aires, 1952, p. 98.

<sup>2</sup> Cfr. *Discursos* III, 1. Para conservar larga vida, monarquías, repúblicas y religiones deben volver a la pureza de sus orígenes.

<sup>3</sup> Ibid. I, 12, p. 98.

tearse en la época renacentista, las cosas de tal manera, da como resultado el escamotear la realidad e introducir la buena conciencia de que las situaciones serán diferentes en la medida en que *se formule* que *deben* ser distintas. Ello lleva no solo a eludir los hechos de la historia real sino que también lo convierte a él en cómplice de una situación denunciada como corrupta y fragmentada en todos los órdenes. Para que el discurso de Maquiavelo resulte eficaz no le queda otro camino que establecer un diagnóstico de la situación, aunque no se haya impedido en indicar algunos remedios, siempre dentro de una línea que busca producir los resultados en forma efectiva.

## II

Dentro de la concepción finalista que le llega de la tradición medieval a Maquiavelo, todo estudio de lo político es un estudio subordinado, pues la realidad que se estudia lo es también. Todo el universo es un todo organizado jerárquicamente, en el que los fines de las realidades particulares se entrelazan unos a otros, y tienen sentido en el fin último o *summum bonum* que es a su vez el principio o causa eficiente<sup>1</sup>. La explicación en materia política que es orientada hacia la acción, debe partir del fin último: "Pero además, como en el plano de la acción, el principio y causa de todo es el fin último, y hacia éste se mueve en primer lugar la causa eficiente, resulta que toda explicación de las cosas ordenadas a un fin debe tomarse de este fin mismo"<sup>2</sup>. De aquí se deduce que hay un fin último para todas las sociedades, independientemente de que existan formas distintas de ellas. Bajo este punto de vista el hombre es pensado desde la perfección hacia la que tiende; la sociedad también se mira a partir de esa perspectiva. El bien común, la felicidad colectiva, es una realidad que como fin está puesta al final pero a ella se tiende porque de alguna manera está presente desde el principio. El problema político es así, pues, el asunto del buen gobierno, del ordenamiento armónico de la sociedad. La maldad producida por el poder y la dominación es cuestión de imperfección y de pecado. Es de alguna manera un

<sup>1</sup> Para una exposición general del pensamiento político medieval en sus características generales. Cfr. Gierke, Otto, *Political Theories of the Middle Age*, Beacon. Press Boston, 1958.

<sup>2</sup> Dante Alighieri, *La Monarquía en Obras Completas* . . . B. A. C., Madrid. 1956, p. 887.

todavía-no-es-una-realidad plena, un no-ser en camino de plenitud. Lo moral es decir, la distinción entre lo bueno y lo malo está señalado y delimitado de antemano bajo una pauta única que es la delineada por la organización del universo entero. La realidad política es así una realidad supeditada a esta pauta moral.

Maquiavelo se encuentra con esta concepción, pero en la realidad de los hechos se encuentra con otra cosa, como se anotaba anteriormente. Toda la disquisición sobre la justicia y el bien común, el fin último y la armonía social, recubre eufemísticamente una realidad fundamental de toda sociedad políticamente organizada y es la realidad del poder, con la violencia que le es consecuente y con la lógica que le es propia. Es cierto que el impacto del poder puede ser suavizado al hacerlo aparecer en la dirección de promover un bien objetivo. Pero también es cierto que aún así, la coerción en sus diferentes formas hasta la extrema de la extrema violencia es una verdad insoslayable en el ámbito político. Y no se trata, para ser realmente efectivo, de corregir o expandir la educación moral hacia un fin último que le es substancial al hombre, como tendencia, oscurecida a veces por sus imperfecciones naturales, pero posible de ser esclarecida ante sus propios ojos, sino que se trata de procesos de poder y de coacción, que tienen su propia lógica al ser aplicados necesaria y persistentemente a la sociedad, independientemente de los fines que los hombres nos representamos como deseables; máxime si esos fines, en últimas, son reducidos a uno solo.<sup>1</sup> Por eso Maquiavelo, allá en la soledad de su forzado aislamiento en San'Andrea in Percussina (Cerca de San Casciano) se propone reflexionar intensamente en "andare dritto alla verità effettuale della cosa, che alla immaginazione di essa" ("ir directamente a la verdad real de la cosa que a la imaginación de la misma")<sup>2</sup>. Se da cuenta de que no puede caer en la trampa de proponer un nuevo discurso en los mismos términos de aquel que ya había fracasado y

<sup>1</sup> Lo anterior se puede decir de otra manera: existen épocas en que la confianza en obtener los fines es tal que el poder aparece como dirección, coordinación, orientación por parte del gobernante que es casi un maestro. Al desaparecer esa confianza por desaparecer la creencia en los fines trascendentes, quedan entonces los fines que el poder se marque en sí mismo.

<sup>2</sup> *El Príncipe*, cap. XV, p. 83. La edición italiana es *Il Principe-Istorie Fiorentine*, I classici Bietti, 1974, p. 62.

seguirá fracasando. El camino es mirar la política en su propio ámbito, mirar su dinámica y sacar las conclusiones que, a manera de diagnóstico, lo llevan a percibir que no hay un único régimen de moralidad, con un contenido único y específico sino más de uno. Que era necesario seguir con total congruencia la línea que va de unos medios a unos fines, en donde éstos exigen que aquellos sean adecuados para producirlos en la realidad efectiva, y en donde el resultado real fuera la medida de todo el proceso y no que tal medida fueran unos postulados que seguían funcionando como impedimentos a su realización. La preocupación de Maquiavelo, fue pues, ante todo, la eficacia.

### III

Se podría señalar la existencia de dos dimensiones de la eficacia política: una, la más inmediata y directa, es la que centra la evaluación de las acciones de poder en sus resultados directos, en las finalidades más inmediatas efectivamente conseguidas. Es el ámbito de la simple obtención de un fin designado en primera instancia por el propósito. En términos de la actividad política, es la consecución del poder político, en donde el resultado se mide por el éxito en su consecución. A este nivel funciona el poder político como algo que posee dentro de su propia órbita y sin salirse de ella, los medios y los fines. Se pudiera decir que en esta dimensión lo que puede observarse es la mecánica pura y simple de la obtención del poder político, las técnicas complejas propias de dicha mecánica, la evaluación de la correlación de fuerzas operante en una situación política dada, y donde el problema de la obtención de los fines de poder se analizan desde el punto de vista de la economía y eficiencia, es decir, menores "costos", mayor rapidez en el éxito alcanzado. etc.

La otra dimensión es la que intenta producir como fin un estado de cosas con la pretensión de que dure como tal, que se preserve, una vez logrado, con la misma identidad con la cual es propuesto desde el principio. Se referiría esta dimensión, más que a la simple obtención del poder, a su preservación y no solo a ello, sino a los fines propios para los cuales se consigue tal poder político, como puede ser el sostener y preservar un estado cada vez más unificado, con mayor libertad y autonomía, más enriquecido desde el punto de vista de la vida social a la que está, en últimas, dirigido. Se pue -

de afirmar que esta dimensión, la que apunta hacia la perdurabilidad del estado, en cada vez mejores condiciones es lo que a Maquiavelo le interesa como signo de la eficacia política, y la primera dimensión no sería sino algo que habría que tener en cuenta en el orden de las tácticas. Aún más: puede decirse que en la realidad son dos dimensiones indisociables, difíciles de distinguir. Pero su distinción, en vías de análisis, es importante para observar el problema de la eficacia moral en el ámbito político, y los conflictos que conlleva el intento de construir una realidad moral como fin del estado, contando con medios que aparecen como el camino que contradice tal fin<sup>1</sup>.

Por otro lado, esta distinción de las dos dimensiones, plantea otro aspecto: La concepción de un estado que perdure exige de Maquiavelo una concepción particular de la estabilidad con que debe perdurar y cuyas condiciones deben estar presentes desde el comienzo de dicho estado: hay una visión peculiar de la relación entre poder como fin y los fines de la conservación de dicho poder. Aludamos en primera instancia a este último punto, para después retomar con mayor amplitud la problemática ético-política.

Es evidente en Maquiavelo que la dimensión estratégica de la perduración del estado, es la que guía la evaluación global de las acciones y comportamientos políticamente eficaces. En "El Príncipe", los primeros capítulos tratan de dilucidar cómo se conquistan y se mantienen los principados nuevos. El análisis, que discrimina el de si son conquistados u obtenidos o por la *fortuna* o por la *virtú*, lleva a privilegiar a aquellos principados conseguidos por *virtú*, pues aunque son difíciles de conquistar, logran mantenerse<sup>2</sup>. La *virtú* es la capacidad presente desde el principio, que produce los resultados pretendidos a largo plazo, ya sea la *virtú* del príncipe en un principado o la del pueblo en una república<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> Podría lanzarse la hipótesis de que, en Maquiavelo, la mecánica propia del poder (los medios) es transhistórica, pero los fines son históricos (la unidad de Italia, la república romana).

<sup>2</sup> *El Príncipe*, Caps. VI y VII.

<sup>3</sup> Cfr. "Discursos . . . LI cap. 58, en donde se habla de las virtudes populares.

Esa “fuerza” que produce los efectos pretendidos es exigida permanentemente, pero está de alguna manera determinada desde sus comienzos. Por eso es por lo que Maquiavelo señala que para que una religión o una república sean perdurables, es necesario restablecer con frecuencia su primitivo estado<sup>1</sup>. Es por ello también que las repúblicas tienen más duración que las monarquías, porque la *virtú* de un pueblo, debido a la “variedad de los genios”, hace que los cambios de los tiempos, que exigen la adaptación, necesiten de la previsión, de la fuerza, y de la prudencia para ajustarse a ellos<sup>2</sup>.

Se necesitan vigor y fuerza preexistentes para que los tiempos no deterioren el estado. La *virtú* para Maquiavelo es algo que está detrás de las virtudes. No se trata de persistir en una virtud a través de los tiempos sino de tener la *virtú* suficiente para adecuarse con las virtudes necesarias a cada variación de las circunstancias<sup>3</sup>. Pedro Soderini fracasa porque al tratar los asuntos con “humanidad y paciencia” siempre, al llegar el momento de no hacer las cosas con tales virtudes, no tuvo la *virtú* suficiente para cambiar y sucumbieron “él y su patria”<sup>4</sup>.

Hay casos en que la obtención del poder no conlleva ese comienzo “virtuoso”. Maquiavelo indica, como es el caso del tirano Agatocles, que se alcanza “el poder pero no la gloria”<sup>5</sup>. Esto quiere decir que los éxitos, en términos de puro poder no se pueden medir como eficacia si la perspectiva más duradera no resulta. Existe pues una jerarquización de las dimensiones de la eficacia. Y el proceso de obtención y preservación es un proceso permanente de conquista y reconquista. Se puede decir que no hay sosiego para el gobernante en el requerimiento ininterrumpido de su *virtú*, ni tampoco para los ciudadanos de una república estable.

---

<sup>1</sup> Discursos LIII cap. 1o., p. 317.

<sup>2</sup> Discursos LIII, cap. 9o., p. 356.

<sup>3</sup> Cfr. Fleisher, Martin, *A Passion for Politics The vital core of the world of Macchiavelli*. (En “Macchiavelli and the nature of political thought”, atheneum, New York, 1972, pp. 114-147. Un interesante análisis sobre ciertas nociones claves en Maquiavelo. Para el caso ver el concepto de *ánimo* como el centro del hombre del cual emanan sus acciones.

<sup>4</sup> Ibid. p. 357.

<sup>5</sup> El Príncipe, Cap. VIII, p. 62.

No hay que dejarse confundir en este asunto de preservar un estado, "con gloria" como fin, con la idea medieval de llegar a la plenitud, a la paz y al orden, entendidos como la armonía en torno a un último fin. De hecho podría preguntarse el porqué del desdén y la poca importancia que le da a los principados hereditarios lo mismo que a los eclesiásticos, cuyo tratamiento (el de estos últimos) elude Maquiavelo, con una nota que resulta irónica:

"Sin embargo, dado que están sostenidos por una razón superior que la mente humana no alcanza, no voy a hablar de ellos, puesto que -siendo sus príncipes exaltados y conservados por Dios- sería un ejercicio propio de un hombre presuntuoso y temerario analizarlos"<sup>1</sup>.

En realidad, toda la disquisición de Maquiavelo tiende a situar el punto de partida del análisis político en el conflicto, la lucha, la guerra. La paz es mirada más como una tregua que como el estático estado de tranquilidad y de plenitud que en la teoría medieval se encuentra como se plantea, por ejemplo, en Dante:

"Y como lo que se predica de la parte se predica también del todo, y en el hombre particular ocurre que con la tranquilidad y el descanso se perfecciona el hombre en prudencia y sabiduría, resulta evidente que el género humano, en la quietud y tranquilidad de la paz, podrá dedicarse con mayor libertad y facilidad a su obra propia, que es casi divina, según está escrito: "Lo has hecho poco menos que un ángel" (Ps I, 5, 6). De donde se concluye que la paz universal es el mejor de todos los medios ordenados a nuestra felicidad"<sup>2</sup>.

Por el contrario, en Maquiavelo, la paz política debe ser vista en la perspectiva de la lucha. La importancia que le señala al ejercicio, por parte del príncipe, del arte de la guerra con mayor ahínco en los tiempos de paz, lo demuestra<sup>3</sup>. La paz como descanso, como ocio es una causa de corrupción

<sup>1</sup> Ibid., Cap. XI, p. 69.

<sup>2</sup> Dante Alighieri *La Monarquía*, op. cit., p. 889.

<sup>3</sup> *El Príncipe*, Cap. XIV.

y de desunión. La paz como algo productivo debe ser pensada como la antesala de la guerra: "La causa de la desunión en las repúblicas nace muchas veces del ocio que sigue a la paz y el motivo de la unión del miedo a la guerra"<sup>1</sup>. Y cuando no hay guerra ni lucha, hay que volcar las energías en la actividad, principalmente el trabajo, como medio de alejarse del ocio corruptor<sup>2</sup>.

El punto de vista que introduce Maquiavelo es ya moderno. Es el de la *scienza nuova*. Así como para Galileo el problema es el de *cómo* se da el movimiento y lo entiende a partir de sus propias coordenadas en el espacio y el tiempo, de tal forma que el reposo es el movimiento cero, así también para Maquiavelo, el problema se desplaza del *porqué* del conflicto y lucha desde el punto de vista de la armonía y la paz, al *cómo* funciona, bajo qué coordenadas se regulan y proceden los conflictos; y la paz no es sino el equilibrio inestable de fuerzas, la tregua, la guerra refrenada<sup>3</sup>.

El mundo y la época de Maquiavelo se encuentra en la situación en la que se derrumba un orden antiguo y todavía no existe estabilizado uno nuevo, que es el que posiblemente él prefigura, aunque de forma precaria. Es un mundo de lucha, de ambición, de búsqueda, de inestabilidad, de pasiones. Maquiavelo lo interpreta en la alusión a esa insaciable persecución del hombre de deseos permanentemente insatisfechos, alusión de marcados tintes hobbesianos:

"Cuando los hombres no combaten por necesidad, combaten por ambición, la cual es tan poderosa en el alma humana que jamás la abandona, cualquiera que sea el rango a que el ambicioso llegue. Causa de esto es haber creado la naturaleza al hombre de tal suerte, que todo lo puede

---

<sup>1</sup> Discursos L. II c. 25.

<sup>2</sup> Ibid I, 1.

<sup>3</sup> Para una comprensión del cambio de la física aristotélica a la ciencia galileana cfr. Edwin Arthur Burt, *Los fundamentos Metafísicos de la ciencia Moderna*. Edit. Suramericana, Buenos Aires, 1960. Para esta misma temática en Hobbes cfr. mi trabajo *derecho natural y poder en Hobbes mimeógrafo*. Universidad del Valle. Ponencia presentada al V Foro Nacional de Filosofía, 1982.

desear y no todo conseguir; de modo que, siendo mayor siempre el deseo que los medios de lograrlo, lo poseído ni satisface el ánimo, ni detiene las aspiraciones. De aquí nacen los cambios de fortuna porque, ambicionando unos tener más y temiendo otros perder lo adquirido, se llega a la enemistad y a la guerra, motivo de ruina para unos Estados y de engrandecimiento para otros"<sup>1</sup>

Dentro de esta concepción, no es posible encuadrar la estabilidad como el fin prefigurado de la paz, el reposo, la quietud, la armonía. La estabilidad es un equilibrio, muchas veces inestable, que se debe sostener con el conflicto productivo. Fueron necesarios, por ejemplo, los tribunales de la plebe en Roma, para controlar a los grandes del Senado, y necesarias las acusaciones, más no las calumnias;<sup>2</sup>. Es necesario el conflicto y la lucha organizada para que exista siempre una correlación de fuerzas que fomenten y promuevan el equilibrio. Y en ello consiste la eficacia verdadera en que se articulan las dos dimensiones ya mencionadas.

#### IV

La correlación entre la mecánica propia del poder político y los fines de ese poder, que se plantean como deseables de alcanzar, establece también el problema de las relaciones entre moralidad y política, es decir, del ámbito de lo que se supone que es bueno o malo para la realización propia del hombre, y del ámbito del comportamiento efectivo de los hombres que supone la mediación del poder.

En un texto de un pensador católico español sobre las relaciones entre ética y política, se expresa que el estudio que va a realizar toma el problema por los dos lados, "por el principal o ideal y por el real, por el de la exigencia y por el de la realidad, por el de la ética y por el de la política".<sup>3</sup> La ética tendría que ver con ideal, como finalidad deseable en el permanente hacerse del hombre en todas sus dimensiones, y la política estaría ubicada en

<sup>1</sup> *Discursos* L I, Cap. 37, pp. 148-49.

<sup>2</sup> *Ibid.* L I, Caps. 7 y 8, pp. 79 y ss.

<sup>3</sup> José-Luis L. Aranguren, *Ética y Política*, Ed. Guadarrama, Madrid, 1968, p. 45.

aquello que realmente sucede, lo que efectivamente resulta en el mismo transcurrir histórico del hombre. Desde este punto de vista se puede entrever que existe ya una disparidad entre ética y política, disparidad que tiene o puede tener visos dramáticos e incluso trágicos, cuando constatamos que tanto lo ético como lo político son dimensiones de la misma realidad que es la del hacerse permanente del hombre a sí mismo. La disparidad ya ha sido expresada en múltiples formas: es aquella del poeta romano, "video meliora proboque, deteriora sequor" cuando se refiere a la ineficacia moral de construirse de acuerdo con los fines morales que ve como exigencias de su propia naturaleza, o el mito de Sísifo, en donde la tarea del hombre es un permanente recomenzar porque es un permanente fracaso el realizarla.

Puesto que se supone que si lo que sucede efectivamente (política) está regido por reglas diferentes y con resultados diferentes a aquellos exigidos como ideales para ser realizados, por ser los que señalan el derrotero de la auto-construcción del hombre (ética), es claro que la disparidad entre ética y política puede llevar a comprender la historia del hombre como la historia de los fracasos, que se reproducen en la propuesta reiterada de los resultados a producir o los fines a alcanzar.

Pero es posible que lo más importante en la constatación de esta desigualdad de niveles en las realidades humanas bajo su forma histórica de producirse y reproducirse, sea el hecho de que comúnmente se asocia a las realidades que dominan el ámbito político, como las que están signadas por la eficacia, por la productividad efectiva y real de sus resultados, mientras que el universo de la realidad moral es el campo de los fines apenas formulados, de los valores apenas postulados, de los ideales como abstractas "ideas directrices", que siguen siendo necesarias en la medida en que se reiteren, tal vez para aguantar, para mantenernos vivos con esperanza, a pesar de la verdad de las crudas realidades. Es sintomática, en este sentido, aquella formulación de un pensador contemporáneo, que al hacer el análisis de la trayectoria histórica de la realidad y la noción de democracia, termine con lo siguiente: "En la política actual, democracia es el nombre de lo que no podemos tener, y sin embargo no podemos dejar de desear"<sup>1</sup>. La diferencia

<sup>1</sup> John Dunn, *La Teoría Política de Occidente ante el Futuro*, Brevarios del F.C.E. (313), México, 1981, p. 65.

de esta idea con las ideas reguladoras kantianas, que sirven para mover el actuar del hombre *como si* fueran ideales alcanzables, es la de que aquí se llega a establecer la conciencia de su inalcanzabilidad, con todo lo trágico que tiene el hecho de que es ya el final de un análisis y no su comienzo.

La disparidad entre la noción de lo político como de lo real y de lo moral como lo ideal y por lo tanto inefectivo en producir realidades, no es solo un desnivel externo, una desigualdad plana, sino que se presenta además como una disparidad en la que un campo se alimenta del otro para producir su eficacia. Este fenómeno convierte el asunto de la eficacia, en algo más complejo. Parecería que el ámbito moral debe estar inscrito en un modelo de acción política para poder reivindicar una eficacia propia en su reino. Pero la acción política, que es el poder en marcha tiene leyes que en ocasiones, las más, se estrella con el régimen exigido por las pautas morales. Detrás de la producción de las "verdades" morales, siempre se necesita un poder, pero el poder en ocasiones produce "falsedades" morales; entonces la moralidad sería el reino de la verdad ineficaz, nunca producida como realidad humana. Pero en este caso la moral funcionaría como un dato a ser utilizado para que el ejercicio del poder político sea eficaz.

No existe instancia más valorada en la historia moderna como patrón moral de las aspiraciones políticas, que aquella de que el gobernante obre para el bien común porque representa los intereses de todos los gobernados. Pero es precisamente esta formulación la que sirve para mantener, con los métodos que sean, una relación de poder más o menos estable de los gobernantes con sus gobernados. "Las técnicas con las que los reyes de hoy retienen sus tronos son más modernas que las recomendadas por Maquiavelo en *El Príncipe* hace cuatro siglos y medio; pero en gran parte están concebidas en los mismos términos descarnados. Los reyes de hoy (los verdaderos, los que *gobiernan*), sobreviven algún tiempo sólo gracias a un mañoso equilibrio entre capacidad represiva y utilidad; la legitimidad que puedan conservar aún entre sus propios instrumentos de opresión (ejército, policía secreta, burocracia estatal) depende de la utilidad que ofrezcan y esto en última instancia, por más caricaturesca que tal pretensión sea en realidad, depende de que, supuestamente, representen los intereses del pueblo"<sup>1</sup>. Es decir,

---

<sup>1</sup> John Dunn, op. cit., p. 14.

a pesar de que pueda ser falsa esta representación de los intereses, el poder político, por lo menos en su aspecto de persuasión (el otro es la fuerza) que es uno de los esenciales para su reproducción como poder, necesita en nuestro tiempo hacerse legítimo en la medida en que represente a los gobernados y generalmente la propuesta de esta representación se formula en términos de libertades, justicia, bien común, bienestar. Se podría decir que lo que funcionaba como utopía, es decir como motivo de movilización, se ha convertido en ideología que en este caso es legitimación y por lo tanto improductividad en la consecución de los fines que pretenden para pasar a ser medios de mantener el poder.

Lo tremendo de todo este asunto, es la sensación de la incapacidad para construir realmente las aspiraciones o ideales, cuando los caminos para lograrlos se viven como la negación de aquello a lo que se aspira. Es decir la constatación del fracaso moral, que es en este terreno el nombre de la ineficacia como improductividad. Pero más angustiante es la capacidad humana de no aceptar el fracaso, de eludirlo, inventando mil formas para producir la imagen en los demás y en sí mismo de que no ha fracasado: La necesidad de una buena conciencia. Y entonces continúa, por un lado, el horror por lo que sucede debido a los efectos propios del poder, y, por el otro, la idealización de los medios para conseguir los fines ideales, en una marcha indefinida que enferma y angustia.

## V

Una reflexión sobre la anterior problemática en Maquiavelo, es importante y puede ser iluminadora. Veamos la cuestión del poder, como dominación, como coerción, como violencia. La conquista y la conservación de un estado, su fundación y su permanencia como tal, es un asunto de poder. Maquiavelo es claro en reconocer lo que todavía muchos se niegan a reconocer y es que el signo fundamental del estado es el poder y que de lo que se trata cuando se habla de fundar, mantener, conservar un estado y de ser eficaz en conseguir su engrandecimiento, es del ejercicio y funcionamiento de los complejos mecanismos del poder. Muchos teóricos del pensamiento occidental han tejido una red de velos para esconder el espantoso pero real factor de la violencia: "justicia", "ley", "derecho", han servido para ello, como si con estos términos la coerción y la dominación pudiera transformarse en simple delimitación o restricción. Parece que hubiera una sistemática

elusión y encubrimiento de que el ejercicio del poder implica violencia contra alguien en su persona o en sus pertenencias. Se puede afirmar que es una conquista de un mundo civilizado el establecer la violencia como algo no deseable, como algo que el hombre debe abandonar. Pero también es cierto que el no reconocer la existencia de ese hecho y de tratar de eliminarlo con la actitud del avestruz, no viéndolo, o, en este caso, viéndolo en función de los puros ideales sociales humanos, se arriesga a caer en la legitimación y justificación a nombre de esos ideales, en donde estos funcionarían como recubrimientos y disfraces de la realidad descarnada y brutal. Es decir, frente a la realidad, se prefiere la ineficacia al eludirla y no el eficaz enfrentamiento con ella.

Maquiavelo se lanzó a mirar de frente esta realidad. La ve, puestos sus ojos en la eficacia. La violencia *per se*, permanente y sistemática no es eficaz. Las circunstancias exigen una economía de la violencia; el poder se ejerce y funciona suavizado o brutal de acuerdo con las situaciones en las que se configuran diferentes grados de exigencia con referencia al poder. Hay ocasiones en que es necesaria la extrema violencia, principalmente en los estados corruptos, pero hay otras en que no es necesaria, o lo es en menor grado, y otras veces no sólo no es necesaria sino inconveniente para lograr los propósitos de la conservación del estado. Esta preocupación por la economía de la violencia en Maquiavelo está determinada por los fines en la preservación del estado. En realidad, no se trata de mantenerlo por mantenerlo. O mejor, un estado no puede mantenerse en el nivel de su pura supervivencia sino en la medida que "crezca", se robustezca y sea libre e independiente. La libertad de los ciudadanos que es su opción afirmativa por su estado, cuida de que sea independiente de la sujeción extranjera<sup>1</sup>. Organizado así el estado, el ejercicio del poder por parte del gobernante está regulado bajo dicha perspectiva, que es la del bien común como realidad activa.

Maquiavelo es consciente de la dinámica del poder para autoabastecerse de fines. Su tendencia hacia sí mismo y a mantenerse en la lógica de la pura

---

<sup>1</sup> Ver ejemplos en los capítulos iniciales de Los Discursos, acerca de Roma, sobre todo I, 6 y 25 y II, 2.

dominación. Existe el peligro del gusto por la dominación, del usufructo en beneficio propio de los gajes que el poder depara. Pero Maquiavelo previene contra esto, y por eso habla en contra de los tiranos que se engrandecen a costa del estado<sup>1</sup>. Asume por ejemplo, que el fundador de una república o principado debe tener el poder absoluto, no en provecho propio sino en el del bien común<sup>2</sup>.

Esta economía del ejercicio violento del poder que establece su utilización no indiscriminada, muestra claramente la perspectiva en Maquiavelo a cerca de la eficacia en la consecución de los fines del estado, perspectiva que lo aleja de los teóricos de la violencia por la violencia misma, del terror sistemático y permanente como signo de la eficacia. El engrandecimiento y la gloria del estado no está en función del provecho y los intereses del gobernante. Cuando Maquiavelo alaba a Manlio, gobernante romano, por su severidad, lo hace en estos términos:

"... la conducta más laudable y menos peligrosa es la de Manlio, por resultar completamente favorable al estado y no a la ambición privada: que no forma partido mostrándose con todos severo y amando solo el bien de la patria. Quien tal hace no tiene de esos amigos que, como antes decimos, llámanse partidarios. El proceder de Manlio, es, por tanto, conveniente y laudable en una república, por atender a la utilidad pública y no permitir sospechas de ambición individual."<sup>3</sup>.

Y en otro aparte es aún más claro:

"Pero no se debe dejar crecer un mal por conseguir un bien que el mismo mal, creciendo, impedirá conseguir. Debió (Soderini) tener en cuenta que, juzgadas sus obras e intenciones por los resultados, en el caso de conservar largo tiempo la fortuna y la vida, podía atestiguar a todo el mundo que aquellas tenían por objeto el bienestar de la patria y no su personal ambición..."<sup>4</sup>.

---

1 *Discursos I*, 10.

2 *Ibid I*, 9.

3 *Discursos III*, 22

4 *Discursos III*, 3

Puede comprenderse mejor aquí que sólo en el ámbito de las estrategias puedan examinarse los resultados que para Maquiavelo son los importantes, los que hay que alcanzar, y que no hay que dejarse engañar por éxitos momentáneos. En este sentido la fuerza violenta debe ser controlada y ser de cierto tipo, para que sea eficaz en el sentido pleno, “digna de censura es la violencia que destruye, no la violencia que reconstruye”<sup>1</sup>

El punto al que arribamos aquí es crucial en el pensamiento de Maquiavelo. Si bien es cierto que la eficacia no designa la permanencia del terror y de la violencia, también es cierto que Maquiavelo descubre que ellos son elementos de la acción eficaz. De improviso se yergue ante nosotros esa imagen de Maquiavelo, tan manida, tan llevada y traída, del inescrupuloso moral, del que pretende alcanzar los fines del estado no importa por qué medios, ni importa si esos medios signifiquen la ruptura con un mundo moral que se supone valioso, no ya desde el punto de vista de un régimen de moralidad con contenido cristiano, sino incluso con cualquier contenido moral humano. La perfidia, la violencia, la disimulación, la crueldad aparecen como válidos en la efectiva consecución de los fines políticos. La aparente puesta entre paréntesis de la moralidad, o de su exclusión dentro del ámbito político hace que sea indispensable estudiar este problema siguiendo el hilo conductor de la problemática de la eficacia.

Si se sitúa la mirada de Maquiavelo y el discurso que de ella se deriva con una imagen muy recurrente en el propio Maquiavelo, que es la del médico<sup>2</sup>, puede imaginarse su intención como la del que quiere hacer un diagnóstico de una situación de “enfermedad” como es la de su tiempo; según se ha dicho, es un período en donde los antiguos remedios ya no funcionan y donde no se han inventado nuevos. El tratamiento puede ser doloroso; ya Platón había utilizado con nitidez esta imagen:

“Y es necesario (dice el extranjero a Sócrates el joven) que éstos, sea que manden con el consentimiento de sus súbditos o sin él, que se inspiren o no en leyes escritas, que sean ricos o pobres . . . sean considerados como

<sup>1</sup> Ibid I, 9.

<sup>2</sup> Por ejemplo en *El Príncipe*, III.

jefes supuesto que gobiernan con competencia sea cual sea la forma de autoridad de que se sirvan. De la misma manera no dejamos de considerar tales a los médicos porque nos curen de buen grado o por la fuerza, porque nos corten, nos quemen o nos impongan algún tratamiento doloroso, porque se atengan a normas escritas o porque prescindan de ellas, porque sean pobres o ricos; no vacilamos lo más mínimo en llamarlos médicos, por cuanto sus prescripciones vienen dictadas por el arte . . ."<sup>1</sup>.

Históricamente, pues Maquiavelo se situaba en un estado de cosas que no daba a pensar más sino que, dado el diagnóstico, el remedio debía producir los resultados de algo nuevo esperado.

Pasquale Villari, biógrafo de Maquiavelo, lo sitúa así:

"Parecía entonces como si por razón de las debilidades humanas esta concepción de la unidad social nunca pudiera haberse realizado, salvo por la fuerza. No se creía posible desarrollarla partiendo de las viejas instituciones que ella destruyó; ni de la conciencia nacional existente sólo en embrión y que habría de encontrar su desarrollo en el nuevo tipo de Estado. Parecía, por consiguiente, que fuese obra personal de los soberanos o tiranos que, aunque aspirando al triunfo de sus intereses personales, solamente podía triunfar asegurando al menos el triunfo parcial del bienestar público. Esta revolución empezó primero en Italia, y terminó en Francia en tiempo de Luis XI y de sus sucesores; la realizaron en España Fernando e Isabel, y en otras partes la llevaron a cabo otros potentados, que mientras todos hablaban sin escrúpulos los derechos individuales y locales, fundaron junto con su propio poder, y el poder de la nación, a la que dotaron de unidad y de fuerza"<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Platón, *El Político o de la realeza* en OBRAS COMPLETAS, Aguilar S.A. Madrid 1966, P. 1103. Cfr. también Gorgias 521e-522a p. 414 en donde Sócrates se sitúa como un médico y pone lo que diría éste a un tribunal que lo acusa: él no está para causar placer sino salud y bien, lo que implica el dolor por consiguiente.

<sup>2</sup> Pasquale Villari, *Maquiavelo: su vida y su tiempo*, Editorial Grijalbo, Barcelona 9a. edición, 1975, P. 230.

No sabemos si los resultados señalados por Villari eran los deseados por Maquiavelo, pero el hilo principal del argumento puede ilustrar su pretensión en la precisa situación en que encuentra Maquiavelo los datos para establecer el diagnóstico.

Es evidente que la claridad de tal diagnóstico era condición esencial para el remedio eficaz. Y en este sentido no podía dejarse engañar por la representación que de sí mismo tenía el paciente, sino que debía leer con nitidez la realidad de lo que estaba ocurriendo. No podía, como lector de hechos, dejarse engañar por aquello que posteriormente Marx señaló como uno de los signos de la ideología y que según la interpretación que de Marx hace Ricoeur:

“... es un proceso general por el cual la actividad real, el proceso de la vida real, deja de ser lo fundamental para ser reemplazado por lo que los hombres dicen, se imaginan, se representan. La ideología es el error que nos hace tomar la imagen por lo real, el reflejo por lo original”<sup>1</sup>

Es decir, en otras palabras, que la preocupación por la eficacia exigía en Maquiavelo una lectura eficaz de la eficacia.

Miremos más de cerca este problema. La eficacia se puede, y en forma más pertinente, estudiar como el ajuste entre los fines y los medios adecuados para obtenerlos o alcanzarlos, tema por lo demás muy aristotélico. Para matar una mosca se necesita un papa-moscas y no un revólver. Para hacer una revolución se necesita contar con el contra-poder al poder establecido y no sirven para este caso los medios del amor, las buenas intenciones, la buena voluntad.

En el campo moral Maquiavelo percibe que la moral tradicional partía del presupuesto de que actuar con buena fe, honestamente, producía situaciones reales que se caracterizaban de la misma forma que la intención que les indicaba tal actuar: es decir, situaciones honestas y buenas; pero Maquiavelo ve que estos presupuestos se desbaratan en las situaciones políticas:

<sup>1</sup> Paul Ricoeur, *Ciencia e Ideología* en IDEAS Y VALORES Nos. 42, 43, 44, 45, 1973-1975. P. 105.

"... porque si se considera todo como es debido se encontrará alguna cosa que parecerá virtud, pero si se la sigue traerá consigo su ruina, y alguna otra que parecerá vicio y si la sigue garantiza la seguridad y el bienestar suyo"<sup>1</sup>

En realidad de verdad el juicio aquí es desplazado de las intenciones a los resultados. Estos resultados señalan para Maquiavelo en primera instancia, un valor político. Pero de paso, nos deja otra inquietud. Si se juzga por las intenciones simplemente a nivel moral ¿qué pasa cuando los resultados son otros?. ¿Qué pasa cuando ellas se quedan simplemente en el decir, en el expresarse, pero no producen en la realidad lo que expresan? ¿Y qué pasa con la buena voluntad, si alrededor, en la situación, no existe aquello que la defina como una situación donde halla buena voluntad, buenas acciones? la amarga afirmación de Maquiavelo es contundente:

"Porque un hombre que quiera hacer en todos puntos profesión de bueno, labrará necesariamente su ruina entre tantos que no lo son"<sup>2</sup>

Y entonces podemos afirmar que la preocupación por la eficacia política lleva, aunque no sea el asunto en Maquiavelo, a la de la eficacia moral. Podríamos afirmar que el funcionario florentino vislumbra eso que es el fracaso moral en el ejercicio de la doble moral. Los hombres que se pasan produciendo el discurso que genera una imagen de buenos y se pasan la vida en convencer a los demás que son buenos en lugar de producir resultados, es decir, ser buenos simplemente.

Maquiavelo no confunde los niveles. No se trata de que en política lo malo en la instancia moral, se convierte en bueno. Es consciente de que lo que tiene que hacer el príncipe es malo, cruel y hasta inhumano<sup>3</sup>. Pero el ele-

---

<sup>1</sup> *El Príncipe* XV.

<sup>2</sup> *Ibid.*

<sup>3</sup> "Son estos medios cruelísimos, no sólo anticristianos, sino inhumanos, todos deben evitarlos, prefiriendo la vida de ciudadano a ser rey a costa de tanta destrucción de hombres. Quien no quiera seguir este camino y desee conservar la dominación, necesita ejecutar dichas maldades". *Discursos* I, 26.

mento de la eficacia desplaza la consideración de un monismo moral, es decir, una moral con un determinado contenido, un fin último totalizante que genera pautas de conducta a la perspectiva que está más acá, en las raíces de la estructura moral misma del hombre, que estaría en la congruencia: es decir, que quien quiere el fin, quiere los medios y lo importante de evaluar es este ajuste y su productividad, y no simplemente el fin como algo intencionado. Y para ello se necesita la capacidad de ser eficaz, la virtud para poner en términos de realidad lo que es simple tendencia, intensión de ser mejor, de ser bueno: se necesita poder y fuerza moral; no ser alguien “desmoralizado” sino “con la moral en alto”. En política existe un determinado tipo de exigencias que son las del poder. Desde el punto de vista moral es necesario un poder que haga real la aspiración moral. Y parte del diagnóstico eficaz es ver con claridad en qué nivel estamos.

Por otro lado, a Maquiavelo no se le oculta la importancia de la moralidad como costumbre que unifica a un pueblo, con un contenido valorativo específico que establece lo que es moral o inmoral en el comportamiento.

Para este caso sería útil reflexionar en el texto de los Discursos (L I. cap. 2) donde Maquiavelo señala el origen de la moralidad, si por esto entendemos la diferenciación entre lo bueno y lo malo. Este origen de la moralidad, Maquiavelo lo asociaba al origen mismo de las relaciones políticas “. . . y para su mejor defensa escogían al que era más robusto y valeroso, nombrándole jefe y obedeciéndole”. Sin aludir a las razones, al por qué sucede esto, pasa a renglón seguido a decir “Entonces se conoció la diferencia entre lo bueno y honrado, y lo malo y vicioso”. Esta diferencia se funda en que cuando se daña al bienhechor, nacen “dos sentimientos, el odio y la compasión, censurando al ingrato y honrado al bueno”. Posteriormente nació el “conocimiento de la justicia “al comprobar que las ofensas podían repetirse y por lo tanto la necesidad de crear leyes y ordenar castigos a quienes infringieran dichas leyes. Lo que se supone aquí es que solo puede ser llamado algo moralidad cuando es un número grande de personas (y no comportamientos aislados, solitarios) los que aceptan o violan unas reglas. Y que esas reglas son hechas obligatorias por acción de leyes que castigan a quienes las infringen. La moralidad incluye un poder, una articulación con la política, porque implica una obediencia con una desobediencia correspondiente.

Es importante señalar que las relaciones de moralidad y el conocimiento de la justicia están asociados con la elección de un jefe que pasa a ser del más robusto y valeroso que es el que los defiende, a ser el más justo y sensato. Se puede decir que en estos casos no es que desaparezca el hecho y la realidad del poder sino que el régimen de obedencias (tanto político como el moral) es único. Es claro que lo que Maquiavelo llama justicia o el régimen de las inmundades y moralidades, surgen de las relaciones de poder y obediencia. Cuando la obediencia a un gobernante se identifica con la obediencia a un sistema de moralidad, no hay disparidad entre gobernantes y gobernados puesto que obedecer a un régimen de moralidad es introyectar la legitimidad de la obediencia a un poder determinado.

En últimas Maquiavelo ve que por un lado la eficacia política, regida por la necesidad que las circunstancias exigen, entra en ocasiones en conflicto con la moralidad vigente; por otro lado nos deja entrever que la moral es también asunto de eficacia, de producir resultados congruentes y que en este ámbito, juzgar sólo por las intenciones, tiende a que éstas, secretadas en discursos, se conviertan en distractores o cortinas de humo.

Por eso, para ser eficaz en su mirada, Maquiavelo descubre ese proceso en que las apariencias de pronto resultan siendo realidades, y lo que aparecía como realidad se esfuma. Por lo menos debe quedar despejada una cierta forma de mirar a Maquiavelo:

"Hay una manera de desautorizar a Maquiavelo, una manera que es Maquiavélica, a saber: la piadosa astucia de los que dirigen su mirada y la nuestra al cielo de los principios para distraerlo de lo que ellos hacen. Mientras hay una manera de alabar a Maquiavelo que es lo contrario del maquiavelismo por cuanto honra en su obra una contribución a la claridad política"<sup>1</sup>

Es mucho lo que aquí se ha tratado de expresar y en realidad es posible que quede corto y confuso. Una última palabra: el discurso de Maquiavelo es

<sup>1</sup> Merleau - Ponty, Maurice, *Signes*, Gallimard, París. P. 283.

un discurso que le sale al paso al maquiavelismo. Porque el hecho de expresar lo que está sucediendo sin temor a encontrarse con la apariencia, el engaño, la crueldad o la violencia, le evita el hecho de que, el partir de lo que los hombres se representan o imaginan, los acompañe él mismo en este autoengaño. Se puede rematar con J. L. Aranguren:

"Si, en efecto, la moral es ineliminable, quien no cuente con ella comete una falta de sentido realista, pues la apelación moral representa, o puede representar un papel político decisivo. Piénsese por ejemplo, en la opinión pública, de la que nunca están ausentes factores morales. Contrariar la moral vigente puede constituir un gravísimo error político. Por eso, el verdadero maquiavelismo es el que sabe poner esta moral vigente al servicio de esta política. Un maquiavelismo confesado se anularía eo ipso en cuanto tal: para ser eficaz tiene que ser hipócrita y rendir tributo a la virtud. Maquiavelo no fue maquiavélico, puesto que escribió *El Príncipe*"<sup>1</sup>.

1

J. L. L. Aranguren, "Ética y Política", Alianza Editorial, Pp. 81-82.